

VIURE, MORIR I NÀIXER A

GAZA

DAVID SEGARRA



SEMBRA
LLIBRES



EDICIÓ NO VENAL

Traducció dels textos del llibre:

Viure, morir i nèixer a Gaza

(Sembra Llibres, novembre de 2014. ISBN: 978-84-942350-5-4)

© De les fotografies: David Segarra Soler, 2014

Textos de David Segarra a excepció dels que estan signats amb l'autoria corresponent.

© D'aquesta edició: Sembra Llibres, Coop. V., 2014

Apartat de correus 8

46740 Carcaixent (Ribera Alta)

sembra@seibrallibres.com

www.seibrallibres.com

Disseny de la col·lecció i maquetació: Setanta | www.setanta.es

Disseny i maquetació d'aquest llibre: Mineral Gràfics | www.mineralgrafics.com

Traducció al castellà: Roger Sarrià

Traducció a l'anglès: Adela Ortiz

Traducció a l'àrab: Tamer Hamdan i Rabah Boughenna

Cal·ligrafies: Wisam Abed

HAYAT. Vida.

SABR. Paciencia. Perseverancia.

SHUKR. Gratitud.

GAZA EN UN DÍA (PÁG. 7)

Noche en el Mediterráneo. Llueve. No todos duermen. Alguien lanza fuegos artificiales junto al puerto. Algunas zonas de la ciudad están a oscuras por los apagones. Una madre pierde a un hijo y da a luz a otro casi en el mismo instante. Los aviones no tripulados vigilan desde el cielo. Hay muertos y heridos bajo las bombas. Los cazas F-16 y helicópteros Apache buscan objetivos humanos. Los tanques disparan proyectiles contra un funeral. Los soldados huyen asustados. Un blindado israelí recibe el impacto. La resistencia apunta desde una casa en ruinas. Amanece en el Mediterráneo.

Todo esto ha pasado hoy en Gaza, Palestina.

Y la vida sigue.



EL NACIMIENTO DE UN LIBRO (PÁG. 9)

Este es un libro que no tenía que existir. Un libro que empezó sin saberlo.

Un libro de fotografías sin cámara ni fotógrafo.

Pero, ¿cómo puede no nacer cuando la semilla ya ha sido plantada?

Para los que somos del Mediterráneo, el conflicto de Palestina nos ha acompañado a lo largo de nuestras vidas. Hemos crecido con las imágenes del horror. Año tras año. Sin solución. Lo primero que recuerdo es el 1987. Tenía once años y vi por televisión cómo un grupo de soldados utilizaba rocas para partir brazos, codos y hombros de niños de mi edad. No había que ser un experto. Cualquier niño de once años entiende perfectamente el mal que hay en un adulto rompiendo el cuerpo de un niño. Después sabría que aquellas imágenes respondían a una decisión política que había sido estudiada fríamente. Técnicas contrainsurgentes, contención y control de la población enemiga. Después también sabría que no solo lo sufrieron los niños que vi. Que no solo pasó en Palestina. Que los conquistadores hacen ese tipo de cosas a los conquistados. Que también nos lo hicieron a nosotros en 1707 y 1939.

El viaje de este libro empezó, sin ser consciente, después de la operación Plomo Fundido, cuando en 2009 Israel atacó a Gaza. Aquel año empecé a conocer lo que es la resiliencia: la capacidad de sobrevivir, de no rendirse, de enfrentarse a la adversidad, de luchar. El arte de fortalecerse y de ser transformado positivamente por los conflictos y las dificultades. En Palestina, cada impacto se cuenta y se comprende desde una fe y una tradición absolutamente vivas. Y cada muerto, herido, huérfano y viuda son honrados y cuidados por la comunidad. Así, entre el trauma y la tristeza, encontramos la alegría de vivir y la confianza. La resiliencia, pues, podría ser la concepción moderna para describir el milagro de la persistencia de la vida humana.

Hay una historia que, para mí, encarna a la perfección el significado de la resiliencia.

Durante los bombardeos de 2009, el pequeño zoológico de Gaza vio morir a sus animales: los leones, los monos y las aves. Unos, por el efecto de las bombas; otros, por el hambre. Al terminar el ataque, los dueños del zoo se encontraron con la muerte y la destrucción bajo los escombros. Padre e hijo se sentaron a pensar. El bloqueo les impedía traer nuevos animales. Y en la Franja solo hay perros, gatos, palomas, gallinas, caballos y burros. Sí, burros. Eligieron unos cuantos de esos animales. En Gaza les llaman *Abu Sabr*; es decir, el más paciente, el padre de la paciencia. Utilizaron tinte de cabello para pintarlos de blanco con rayas negras, y les cortaron las crines para dejarlas en forma de cepillo. Así nacieron las cebras de Gaza. Y cuando abrieron las puertas de nuevo, los niños y las niñas de Gaza entraron maravillados. En su inocencia, viajaron fuera de Gaza. Por las sabanas de África, por los desiertos de Arabia. Por el mundo real y por el imaginado. Libres. Alegres. En paz. Como en *La vida es bella* de Benigni, en Palestina los adultos protegen a los niños. La realidad supera siempre a la ficción. En aquel momento pensé que podíamos aprender de esas cebras, de esa historia y de lo que representa. Y entonces inicié el proyecto de un documental titulado *Las cebras de Gaza*, un trabajo audiovisual que muestra las historias de resistencia y resiliencia que ocurren en Palestina.

En 2010 me sumo a la Flotilla de la Libertad. Nueve barcos transportan setecientos activistas y periodistas de cincuenta naciones, así como 10.000 toneladas de ayuda humanitaria. Me embarco con el apoyo de las televisiones venezolanas. Allí confluyen judíos, musulmanes, cristianos, kurdos y turcos, gente de todo el mundo. Unidos. La activista y periodista Laura Arau, que también viaja en la Flotilla, lo describe como una nueva arca de Noé. Los objetivos son romper el bloqueo marítimo en Gaza y llevar ayuda: material sanitario, educativo y para la reconstrucción. Sabemos que corremos riesgos. Pero no imaginamos hasta qué punto. En la madrugada del 31 de mayo, toda la fuerza de la armada israelí cae sobre nosotros. Tropas de élite asaltan los barcos, matan a diez personas y hieren de bala a cincuenta y tres más. Los supervivientes somos secuestrados en aguas internacionales y conducidos a una prisión de máxima seguridad en medio del desierto del Néguev. Enfrente de Gaza y rodeados de poblados beduinos palestinos, irónicamente. La historia de las cebras deberá esperar. Ahora hay que contar la historia de la Flotilla. Así, un año después estrenamos el documental *Fuego sobre el Mármara*.

Cuatro años después, en 2014, me uno a un grupo de activistas y periodistas que se dedican a proteger a los campesinos palestinos de los ataques diarios de los soldados. Paso tres meses en Gaza. Y unos pocos días bajo los bombardeos. Mi objetivo es conocer en profundidad la Franja y buscar las historias para el documental de *Las cebras de Gaza*. Voy sin cámara y sin ordenador. No quiero distraerme. Quiero centrarme en la vida y la realidad. Mis acompañantes son libros y libretas. Pero Manu Pineda, uno de los impulsores de las brigadas Unidakum, tiene una Nikon. Y se la pido. Solo tiene un objetivo que funcione: es un teleobjetivo que me permite, y me obliga, a acercarme a la realidad desde la distancia. No soy fotógrafo, pero sin darme cuenta, acumulo miles de fotos de la vida cotidiana de Gaza. Conozco a gente y vivo experiencias preciosas. Y, al fin, me encuentro con el padre y el hijo que pintaron los burros como cebras. Pocos días después empiezan los bombardeos. La historia de las cebras queda aparcada de nuevo.

Al volver a Valencia, pensando en la gente que he dejado en Gaza, me planteo qué debo hacer. La idea surge hablando con Xavi Sarrià: hagamos un libro. Pues sí. Hagámoslo. Compartamos las historias. Merecen ser contadas. Hagamos un libro de fotografías sin fotógrafo. Hagamos un libro como en Gaza hicieron una cebra sin cebras.

Lo que hemos visto, y lo que intentamos aprender, es el arte, la capacidad de crear belleza y orden del horror y el caos. En una época de caída como la actual, tenemos que escuchar y reflexionar. Incluso para recordar. Porque nosotros, en nuestra tierra, también hemos sido así. Porque nosotros también hemos sido capaces de levantarnos. Por eso este libro no es solo sobre Gaza, este libro es sobre la posibilidad de ser nosotros mismos. Y para recordarnos que la batalla más feroz no es contra el enemigo externo, sino contra el mal que habita, nos corrompe y nos coloniza por dentro. Sin una liberación interna que nos mejore y eleve, toda liberación externa y material está condenada a caer. Eso es lo que Palestina me ha enseñado y lo que quiero compartir.

DAVID SEGARRA SOLER
Bétera, 2014.

TRES INTENTOS DE ENTRAR A GAZA (PÁG. 18)

Invierno de 2009. Un año después de la Operación Plomo Fundido puedo entrar a la Franja de Gaza. Vengo desde Caracas, Venezuela, con dos compañeros: Vicent, el valenciano, y Vivianna, la venezolana. Ellos no pueden entrar. Y aunque lo intentan a través de las rutas de los contrabandistas del Sinaí, no lo consiguen. Paso el Fin de Año en Gaza. Encuentro gente de todo el mundo. Muchos son judíos. A las 72 horas, el régimen egipcio de Mubarak nos obliga a salir. Los tres nos reencontramos en El Cairo. Desde allí viajamos hacia Jerusalén, Belén, Hebrón y el campo de refugiados de Aida. Allí aprendemos una palabra árabe: *Hayat*. Es el nombre de una niña huérfana y significa ‘vida’.

Primavera de 2010. Lo vuelvo a intentar con el Mavi Marmara y la Flotilla de la Libertad. Partimos desde Estambul, Turquía, con centenares de personas llegadas de todo el planeta. De madrugada, en medio del mar, somos atacados por las fuerzas de élite israelíes. Diez personas mueren. No llegamos a Gaza. Nos llevan al puerto israelí de Ashdod. Del Mediterráneo al desierto del Néguev. Pasamos tres días incomunicados y aislados en la cárcel en Ber Sheeba. Nos deportan y nos prohíben la entrada al Estado de Israel durante diez años. Prohibido volver, por lo tanto, a Jerusalén, Belén, Aida y toda Cisjordania.

Al cabo de cuatro años vuelvo a El Cairo. Dos semanas de espera y entro de nuevo a Gaza. Es como si lo hiciera por primera vez. Vivo tres meses entre huertas, higueras, naranjos y olivos. Tres meses de primavera. Tres largos meses. Cien días. Como en los viajes anteriores, sigo investigando para realizar un documental sobre la vida y la resistencia de los palestinos. Y ya van cinco años. Al tercer mes, empieza uno de los ataques más mortíferos de la historia de Palestina. Paso una semana bajo las bombas hasta que vuelvo a Valencia. Para estar con mi familia. Para escribir este libro. Y para preparar el regreso.

EL MAR ENCERRADO (PÁG. 24)

Durante los tres meses que paso en Gaza no dejo de oír historias de los pescadores. Cada semana reciben ataques desde los buques de guerra que cierran el mar. Gaza es un oasis rodeado por los desiertos del Néguev y del Sinaí. Enfrente, el Mediterráneo.

Los puertos palestinos de la Franja son minúsculos. Hace más de medio siglo que no amarran en ellos barcos extranjeros. Ni parten de allí los palestinos. Las autoridades militares israelíes imponen un límite de pesca que varía. Según las negociaciones de turno, puede aumentar a diez kilómetros o reducirse hasta tres. Según las estrategias de los colonizadores, se permitirá más o menos pesca.

Los pescadores me cuentan, antes de la última escalada militar, que de cuatro mil barcas solo están saliendo un centenar debido a los ataques cotidianos. También me cuentan historias de decenas de barcos robados y de incontables pescadores capturados y encarcelados. Cuando me enseñan el cementerio de barcos me doy cuenta de que no necesitan autopsia. El impacto de los proyectiles es evidente. Y también las cicatrices. Muchos no murieron a la primera y los pudieron salvar para vivir más vidas. Pero nada evita que Mohammad el boxeador y los vigilantes de la playa nos inviten a pescado.

LA TIERRA HERIDA (PÁG. 32)

El primer lugar de Gaza que empiezo a conocer es Khuza'a y sus tierras labradas que se extienden al sur-este de la Franja. Detrás suyo, los huertos y los cítricos. Aquí, el secano y los cereales. Justo enfrente, la frontera con el Estado de Israel.

Los brigadistas de Unadikum se acercan cada mañana durante el tiempo de la cosecha. Desde Málaga, La Guaira, Madrid, París, Lleida, Alcoi, Muro y València. Vienen a hacer de escudos humanos. Cuando ellos no están, los francotiradores del ejército disparan a los campesinos. Les hieren y a veces les matan. Incluso cuando los voluntarios internacionales están claramente identificados, los soldados abren fuego. Pero la estrategia de los brigadistas es un éxito. Solo disparan al aire y al suelo. A veces, a unos cuantos metros de los pies. Pero la cosecha se recoge. Con las hoces y las manos. La tierra da a luz, de nuevo. La operación militar Margen Protector de 2014 lo arrasa-

rá todo. El ciclo de la muerte y de la vida se renueva. Entre las huellas de los tanques, las mujeres y los hombres vuelven a labrar surcos y hacen brotar las plantas. Y siguen corriendo las hormigas por los túneles subterráneos. Se calcula que desde 1948 el Estado de Israel ha arrancado un millón de higueras, limoneros, naranjos y olivos de Palestina. No puedo evitar acordarme de la huerta de la Punta en València, que también fue arrasada por la fuerza. Y me viene a la memoria una canción: Padre, que el campo ya no es el campo. Padre, mañana del cielo lloverá sangre. El viento lo canta llorando. Padre, ya están aquí. Monstruos de carne con gusanos de hierro. Padre, no, no tenga miedo, y diga que no, que yo le espero. Padre, que están matando la tierra. Padre, deje de llorar que nos han declarado la guerra.

LA CONQUISTA (PÁG. 36)

Se sabe muy poco del lento y sutil proceso de colonización de las tierras palestinas. A lo largo de los siglos xix y xx, y para poder vender y comprar la tierra, los imperios otomano y británico introdujeron e impusieron aquí el censo, la propiedad privada y la estructura estatal. Inexistentes en la sociedad tradicional. Los sionistas europeos se sirvieron de esta nueva base legal para iniciar la compra de las tierras. Se calcula que entre el 80 y el 90% del territorio que compraron era propiedad de terratenientes palestinos. Los campesinos, que eran la mayoría del pueblo, tuvieron que enfrentarse al poder de cinco enemigos formidables: dos imperios, el sionismo, los regímenes árabes y las élites locales.

Hay que recordar que en el siglo xix, la población palestina era aproximadamente un 5% judía, un 10% cristiana y un 85% musulmana. Desde el siglo xix, la propiedad judía de tierras en Palestina creció del 1% al 3% hasta llegar al 7% en 1948. En el siglo xx, el Estado británico era propietario de casi la mitad del territorio, y los palestinos mantenían la otra mitad. Pero con la guerra de 1948, el nuevo Estado de Israel conquistó por las armas el 78% de Palestina y expulsó a más de 700.000 nativos. En 1962, y según las leyes que creó a tal efecto, el Estado sionista ya controlaba alrededor del 90% o 95% del territorio dentro de sus primeras fronteras. Los palestinos solo mantenían la propiedad de un 5% de esas tierras. En 1967, Israel invadió Gaza y Cisjordania y conquistó el 100% de Palestina. En las nuevas tierras ocupadas instaló medio millón de colonos.

En 2005, el coste económico y la presión de la resistencia provocaron la retirada de los colonos israelíes de Gaza. Al año siguiente se inició, contra la minúscula Franja, el asedio más largo y masivo de la historia.

LA COMUNIDAD (PÁG. 38)

Como pasaba en el mundo entero, hasta el comienzo del siglo xx la mayoría de la población palestina vivía de la tierra. Y con la tierra. De una manera no demasiado diferente de como lo habían hecho durante siglos. O quizá milenios. Lo que nos han ocultado de Palestina, y de nosotros, es que no todas las tierras estaban en manos de señores feudales y terratenientes. El Comunal, el Común, la tierra de la comunidad, era la norma más extendida. Campesino, colectividad y pueblo han sido sinónimos históricamente. Y ciudadano, propietario y burgués, también. Por este motivo, las mayorías rurales se opusieron con firmeza a la expansión del gobierno central de las ciudades. El Estado, la Monarquía o la República representaban los impuestos, el servicio militar, la guerra y el control. Por la fuerza de las armas y las leyes, la modernización se impuso en los pueblos.

En Palestina, el sistema de propiedad comunal se llama Musha o Mesh'a. Sus normas ancestrales tienen como objetivo mantener la integridad de la tierra, la unidad de la comunidad y la igualdad en la distribución de los campos. Evita y desincentiva la venta, la compra y la explotación intensiva e individualista. Su objetivo es la estabilidad y la sostenibilidad. Desde el primer día, los conquistadores otomanos, británicos e israelíes declararon la guerra a la propiedad colectiva. Y la prohibieron con la entusiasta colaboración de las reducidas élites locales, rurales y urbanas. De este choque con los poderosos nacerá la resistencia palestina. De la gente de la tierra.

Hoy, lo que queda de aquel espíritu de la tierra es un misterio silenciado. Pero en la memoria colectiva y ancestral de Palestina, y en la de nuestro pueblo, la tierra tiene un origen comunitario. Y sagrado. La tierra es de todas y todos. Es la madre y la matriz.

UN ÚNICO DIOS PARA TODOS (PÁG. 52)

Palestina es tierra santa para todas las creencias abrahámicas. Aquí viven, desde hace milenios, samaritanos, judíos, cristianos, musulmanes y drusos. Todas estas religiones tienen el origen en Abraham y siguen un linaje que continúa en Moisés, Jesús y Muhammad. Profetas que vienen uno tras otro a renovar un mensaje sencillo: no hay más Dios que Dios. Ni faraones, ni césares, ni reyes, ni los mismos profetas pueden rivalizar con la única realidad verdadera. Con la esencia de Todo. El Creador de la Creación.

Sin embargo, el ser humano, caído del Paraíso, olvida deprisa. Y nos hemos matado y oprimido los unos a los otros falsamente en nombre de Dios, de emperadores, de califas, de venganzas, de conquistas, de progresos y de revoluciones. Pero no es eso lo que he visto en Palestina. Es precisamente en Gaza donde he conocido el cristianismo tradicional. Ibrahim me abrió la iglesia de San Porfirio y ahí asistí a una misa que duró cinco horas entre iconos, incienso y cantos gregorianos. La atmósfera recordaba a la esencia. El origen se notaba más cerca. Quizá como en las viejas iglesias románicas. Con él visitaré la vecina mezquita de Al-Umari. Y dentro de esta rezará Basel, el amigo beduino. Él me contará orgulloso cómo un samaritano, creencia ancestral vinculada al judaísmo, es uno de los presos políticos palestinos destacados. Este mismo libro incluye un poema de Al-Qasim, poeta nacional palestino de religión drusa. En 2009, en Gaza, conocí a los judíos religiosos. Estaban allí en apoyo a Palestina. La reacción de los palestinos de la calle era de reverencia ante hombres sabios. Gente del libro.

La semilla del mal no está en el otro, en la diferencia. Está en cada uno de nosotros. Contener la oscuridad y tender a la luz es lo esencial. Es la responsabilidad de cada individuo y de cada generación. Tal vez desde Eva, Adán, Noé, Abel y Caín vamos perdiendo este combate cósmico. Pero ir perdiendo no significa haber perdido.

IDENTIDAD Y RESISTENCIA (PÁG. 60)

Cuando los conquistadores conquistan, lo primero que intentan es borrar la memoria. La identidad es la raíz espiritual de los pueblos. Su manera de ser y de estar en el mundo. En el Estado de Israel quedan un millón y medio de palestinos que son instruidos bajo los planes educativos sionistas. Un estudio de la Asociación Cultural Árabe encontró más de 16.225 errores en los textos escolares árabes que imponen las autoridades. No es casualidad. Simultáneamente, los políticos debatían reducir la enseñanza de la lengua árabe. La supremacía de la lengua hebrea es absoluta. A los alumnos palestinos se les niega su historia y su identidad mientras se les aleja de sus hermanos de Gaza y Cisjordania. No existe Palestina. No existen los palestinos. Nunca han existido y nunca existirán. Les llaman árabe-israelíes. Hablar árabe significa sospechas, detenciones, pobreza. Hablar hebreo es hablar la lengua de los amos, de los poderosos, de los vencedores. Centenares de pueblos fueron suprimidos del mapa y sus nombres árabes fueron cambiados por otros hebreos. El director de la compañía pública de trenes incluso impide que los anuncios de las paradas se pronuncien en árabe. Dice que con el hebreo y el inglés es suficiente. Incluir el árabe “haría el viaje demasiado ruidoso”. Desde hace 67 años, en las escuelas educan a los alumnos judíos llegados de todos los países del mundo a odiar a los árabes. Un estudio de la Universidad Hebrea de Jerusalén analizó cientos de libros educativos y no pudo encontrar ni una sola imagen donde los árabes fuesen presentados como “personas normales”. Por supuesto, contar la historia de Nakba, de la catástrofe palestina, es perseguido. Los viejos morirán y los jóvenes olvidarán, repiten los conquistadores.

Y no nos debe sorprender. Hasta los 18 años yo no sabía nada de mi propia historia, de la Corona de Aragón, de los Reinos de Valencia (el islámico y el cristiano), de Baptista Basset, de los *maulets* y los *botiflers*, de la quema de Xàtiva en 1707, del asalto a Barcelona en 1714, de la prohibición de nuestras leyes y costumbres. O de los tres siglos de persecución de nuestra len-

gua. De hecho, empecé a hablarla y a escribirla cuando ya era adulto. Y si la he podido aprender ha sido gracias a los que durante tres siglos protegieron y transmitieron en las alquerías, masías, pueblos, familias y libros el tesoro de nuestra memoria.

EL MECÁNICO DE LA CALLE DE OMAR AL-MUKHTAR (PÁG. 64)

La mejor manera de moverse por Gaza es en motocicleta. La mayoría de la gente no está de acuerdo con eso. Me dicen que es de locos. Pero el uso de la moto se extiende imparable. Consume poco y es ágil para recorrer los 45 kilómetros de una franja de tierra prácticamente llana. Así que adquiero una Dayun 40 que ha llegado de China a Palestina a través de los túneles. Su calidad, claro está, deja un poquito que desear.

A los pocos días se me rompe el cable del embrague. Un amigo y yo nos quedamos perdidos en medio de la ciudad. Unos jóvenes nos indican un taller mecánico en la calle de Omar al-Mukhtar. Allí nos recibe Abu Hassan. El taller es diminuto, oscuro y repleto de cajas y herramientas. Abu deja el trabajo y se encarga de nuestra moto en la calle. Habla con mi amigo, que es franco-tunecino. ¿Dónde está el mundo? ¿Dónde están los musulmanes?, le pregunta Abu. ¿Por qué han olvidado Palestina? En pocos minutos el cable está arreglado. Nos cobra diez shekels. Dos euros.

Vuelvo dos veces más a cambiar el aceite y la rueda de atrás pinchada. Ahora ya no me cobra. Nada. Insisto avergonzado. Pero no hay manera. Sigo insistiendo hasta que se saca una cartera de cuero desgastado del bolsillo. Con ella en la mano me dice: tranquilo, si tuvieras problemas de dinero puedes venir y te ayudo. Ningún problema. Él, que se encuentra preso en Gaza y sin casi oportunidades, me ofrece ayuda a mí.

Me marchó mirando al suelo. Y al cielo. Me despido desde la moto. ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo añadir? Me voy pensando: volveremos a vernos.

EL GATO QUE TUVO QUE MORIR (PÁG. 72)

Suena el teléfono en el apartamento donde vivo, cerca del puerto. Parece que ha habido un ataque de un avión no tripulado. Vamos andando al hospital de Shifa para saber si hay muertos o heridos. Cuando llegamos, empiezan las gestiones y discusiones para recibir información de los médicos. Finalmente resulta ser una falsa alarma.

Algunos compañeros fuman y otros intentan que una vieja máquina les sirva un café. Oímos un maullido. En el suelo encontramos un gatito anaranjado. Me arrodillo para acariciarlo. Compruebo con horror que tiene una pata rota. No anda, se arrastra. A todos nos impresiona. Lo debe haber atropellado algún coche. Preguntamos a los médicos si se puede curar. Nos dicen que casi no pueden atender a las personas. Incluso les preguntamos si lo pueden sacrificar. No sobrevivirá y morirá de hambre. Nos responden que lo poco que hay es para las personas. Justo entonces, un joven se nos acerca con curiosidad. Viene con una sonrisa. Y sin pierna. Nos cuenta que hace unos años, un helicóptero Apache atacó su casa y mató a su hermano. Pero él está aquí. Hablando con nosotros. Y sonriendo. Alguien coge el gato, lo mete dentro de una caja y lo acaricia. Andan lentamente y en silencio de retorno. No van hacia su casa, sino hacia el puerto. Siguen la orilla de la playa y por las rocas llegan al muelle más lejano. El mar y el cielo son negros. Negrísimos. No hay estrellas. Acaricia el gato con todo el amor que puede. Y en un instante infinito, el gato, inocente, se une al mar para siempre.

Al día siguiente, aparecen en la calle muchos gatos del mismo color anaranjado. Los niños de la tienda les ponen agua para que beban.

BABEL (PÁG. 84)

Hace muchos, muchos años, en la vibrante ciudad de Babilonia, se levantó una enorme torre. Orgullo del poder y la ciencia del Hombre ante la Naturaleza y Dios. Los judíos, entonces pueblo nómada y sin propiedades, vieron esta obra como el reflejo de la arrogancia de la civilización naciente. Y la llamaron Babel.

En la Franja de Gaza, el Israel moderno enseña a los palestinos su rostro en las fronteras que la encierran.

Al norte, ante Beit Lahya, se levanta imponente la central térmica de Rutenberg, que convierte el carbón en electricidad. Detrás suyo, la ciudad de Asqalan. Este antiquísimo pueblo cananeo contaba en el año 1948 con 11.000 habitantes palestinos, musulmanes y cristianos. Después de la llegada de las tropas israelíes, sus habitantes fueron recluidos en un gueto hasta que fueron deportados a Gaza. Durante décadas, inmigrantes judíos llegados de todo el planeta se han instalado en la nueva ciudad rebautizada con el nombre de Ashkelon. Hoy es una de las ciudades israelíes más contaminadas de uno de los países con más polución del mundo.

Al este, ante los grandes campos de cereales, se extienden las vallas de control. Cada ciertos metros se levantan torres de vigilancia dirigidas por control remoto. Las cámaras y los sensores de movimiento permiten a los operadores dirigir las ametralladoras hacia los objetivos humanos. Cada día pasan carros blindados, camiones y vehículos militares que entran rutinariamente a los campos palestinos para segar la hierba. Es decir, para impedir que crezcan los árboles y las plantas. Cuestión de seguridad, afirman. Los palestinos se podrían esconder entre ellos, se justifican. Unos pocos metros más allá de la valla, la agroindustria israelí utiliza avionetas para regar con pesticidas los enormes campos de monocultivos. Por tierra, mar y aire, todo tipo de vehículos robotizados vigilan la población nativa.

Pero la historia nos cuenta que la torre de Babel cae.

DIVIDE ET IMPERA (PÁG. 88)

Divide para reinar. Los conquistadores saben que la manera más efectiva de dominar y diluir a los conquistados es separarlos y enfrentarlos entre ellos. La sentencia se atribuye a los macedonios, pero fueron los romanos quiénes la pusieron en práctica en todo el mundo mediterráneo. Franceses, británicos y españoles han sido maestros de la separación. Muchas de las guerras fratricidas actuales en África y en Asia tienen su origen en los desequilibrios generados por los imperios británico y francés. La conquista, fragmentación y exterminio de centenares de naciones indígenas en América Latina es mérito del Reino de Castilla. También la desintegración de Al-Andalus y de la Corona de Aragón.

Palestina está hoy dividida en múltiples fragmentos. Existe el Estado de Israel, donde viven un millón y medio de palestinos. Existe Jerusalén, donde resisten trescientos mil. Existe Cisjordania, donde habitan dos millones y medio. Existe Gaza, con casi dos millones. Y también está la diáspora, con aproximadamente ocho millones de personas. Principalmente en Jordania, Líbano, Siria y Chile. Los palestinos son, según los cálculos, entre once y catorce millones de personas. El Estado de Israel ha creado un sistema legal para controlar, fragmentar y dividir a los conquistados. Los millones de palestinos en el extranjero no pueden visitar Israel, ni mucho menos vivir allí. Tampoco Cisjordania, Jerusalén o Gaza. Los palestinos de Gaza no pueden visitar Cisjordania ni Jerusalén. Los palestinos de Cisjordania no pueden ir a Gaza. Por lo tanto, no se pueden casar, ni estudiar ni trabajar juntos. Por ejemplo, si un palestino de Jerusalén se enamora de una palestina de Belén y se casan, perderá su derecho a vivir y a volver a su propia ciudad. Familias, tierras, pueblos, historias y amores separados por muros y soldados. El gobierno israelí impone cinco identidades jerárquicas dentro de su sistema de apartheid. En orden de arriba abajo: judíos israelíes, palestinos de Israel, palestinos de Jerusalén, palestinos de Cisjordania y palestinos de Gaza. Cada nivel descendente cuenta con más restricciones y menos derechos.

El futuro no lo podemos saber, pero sí tenemos la certeza de que, a pesar de los inmensos obstáculos, los palestinos continúan siendo palestinos.

LA MADRE (PÁG. 94)

Cada lunes, ante el edificio de Cruz Roja Internacional se reúnen los familiares de los presos políticos y los prisioneros de guerra. Madres, mujeres, padres, hermanos, amigos y activistas. Están haciendo una huelga de hambre en solidaridad con los suyos. El rostro de una mujer me atrae. Me mira. La fotografío. Me sonrío y la saludo con respeto. Al cabo de unos meses conoceré su historia.

La familia de Rihab Kanaan huyó de Palestina. Ella nació en el Líbano, en el campo de refugiados de Al-Zaatar (Tomillo). Se casó muy joven y se trasladó a los campos de Sabra y Shatila. Durante la guerra civil libanesa, estos dos campos vivieron las peores masacres en la historia palestina. Entre 2.000 y 6.000 civiles fueron exterminados por las falanges libanesas con el apoyo de las tropas israelíes dirigidas por Ariel Sharon. Centenares de niños murieron y muchas mujeres fueron violadas y asesinadas. Las mutilaciones y los horrores que encontraron periodistas y diplomáticos son demasiado terribles para escribirlos.

Cincuenta y cuatro miembros de su familia murieron. Incluyendo a su marido. Su hija desapareció. Rihab se volvió a casar y emigró a Túnez. Allí se convirtió en una importante poeta. En 1995 volvió a Palestina, a la Franja de Gaza. Cinco años después, un superviviente del Líbano le comunicó que su hija estaba viva. Al cabo de unos meses recibió una llamada: “Madre, soy yo. Maymana”. No había muerto. Había sobrevivido y la habían criado los vecinos. Aquel mismo año 2000, la resistencia libanesa expulsaba a los ejércitos sionista y falangista. Madre e hija decidieron encontrarse en la frontera. Maymana esperó a su madre día tras día, mientras veía como otras familias se reunían después de medio siglo de separación. Pero su madre no aparecía. Rihab no llegaría. Las autoridades no le dieron el permiso. Tuvo que esperar dos años más hasta que un periodista de Gaza supo de la historia de Rihab y consiguió que un canal de televisión organizara el encuentro en los Emiratos Árabes Unidos. Finalmente, después de 24 años de separación, madre e hija volvían a estar juntas. Maymana dijo: “Ahora creo en los milagros y la esperanza. Por fin he encontrado el amor de una madre”.

Pero la ocupación sigue, y madre e hija viven todavía separadas en Gaza y Beirut. Solo se han podido volver a ver en una segunda ocasión.

ENCARCELAR LA PERSEVERANCIA (PÁG. 96)

Con el paso de los días hago algunos amigos en Gaza. La mayoría, periodistas y artistas. También conozco a sus amigos de Jabaliya, Bureij y Rafah. Muchos rondan los cuarenta años. Charlando tranquilamente me señalan a uno de ellos: “Ha estado veinte años en la cárcel”. Debe de tener dos o tres años más que yo. “Aquel otro, preso diecisiete años”, “el de allí, cinco años”. “Y yo, cuatro”, me dice mi amigo. Los vuelvo a mirar. Uno por uno. Nadie podría sospechar por todo lo que han pasado. Pero una cosa es evidente: no han podido con ellos. No han podido romperlos.

Desde la ocupación total de Palestina, en el año 1967, se calcula que unos 800.000 palestinos han sido detenidos o encarcelados. Actualmente hay más de cinco mil palestinos en las cárceles del Estado de Israel. Hay prisioneros de guerra, los guerrilleros; hay presos políticos, los activistas, periodistas e intelectuales recluidos por delitos de opinión; hay presos sin cargos, los llamados presos administrativos, que son unos doscientos detenidos por ser potencialmente peligrosos; y también hay otros doscientos presos menores de edad. Cada año, casi un millar de menores son procesados por el sistema judicial militar. Incluso han sido detenidos y encarcelados centenares de defensores de los derechos humanos y decenas de diputados del Parlamento. Israel es uno de los pocos países que tienen legalizada la tortura. Eso sí, la definen como “presión física controlada”. Un centenar de palestinos han muerto en las sesiones de tortura. Miles han quedado desequilibrados psicológicamente. Este es el objetivo real. El Comité Popular contra la Tortura en Israel publicó un informe en 2014 en el que relataba cómo el 74% de los niños palestinos detenidos habían sufrido violencia física por parte de los guardianes israelíes. Muchos habían sido metidos dentro de jaulas. Algunos sufrieron abusos sexuales. Porque la tortura y la violencia no se utilizan para obtener información. Su objetivo profundo es el ejercicio del poder: los palestinos deben ser aleccionados de que hay un amo y

un esclavo. Y solo el amo puede castigar al esclavo. Eso lo saben todos los palestinos y las palestinas. No hay una sola familia sin un mártir o un preso.

Cuando visitamos alguno de los amigos ex-presos siempre hay un cartel con su nombre y su imagen muy visible en la fachada de la casa. Son el orgullo de la familia, del barrio y de la comunidad. Los presos son el ejemplo. Los más valientes. Los más pacientes.

MATAR LA BELLEZA (PÁG. 104)

Estuve pocos días bajo las bombas. Cerca del puerto y de edificios gubernamentales que cada noche eran bombardeados. Vi como al principio la gente no corría ni aceleraba el paso en los bombardeos. ¿Por qué? Porque no hay ningún lugar a donde correr. En Gaza no hay refugio. Escuché que algunas familias dormían juntas en la misma habitación para morir unidos si la fatalidad les caía encima. En el hospital de Shifa vi padres con sus hijos destrozados en los brazos. Vi niñas bellísimas durmiendo con metralla en la cabeza. Y vi jóvenes sin piernas, inconscientes, todavía sin saber.

Durante cincuenta días en 2014, la maquinaria de guerra de Israel bombardeó por aire, tierra y mar doscientas escuelas, setenta guarderías y cuatro universidades. Siete escuelas-refugios de la unrw (la rama de la ONU dedicada a los refugiados palestinos) sufrieron ataques que hirieron y mataron a centenares de civiles. El número de niños y niñas fallecidos superó los cinco centenares. Se calcula que tres mil han quedado mutilados o con alguna discapacidad. ¿Qué debía pensar el artillero que lanzó un proyectil sobre los cuatro niños que jugaban al fútbol en la playa de Gaza? ¿Cómo decidió rectificar el ángulo para disparar un segundo proyectil que los mató a todos? Según varios informes de organismos internacionales y de derechos humanos, los muertos civiles supusieron el 75% del total. Setenta mezquitas quedaron en ruinas. Doscientas más sufrieron daños graves. Para muchos palestinos, esos espacios son lugares sagrados, de paz, oración y refugio para el espíritu. La mezquita de Al-Umari de Jabaliya fue una de las destruidas. Fue construida hace 1.365 años. Las tumbas antiquísimas de la iglesia también sufrieron daños. Los animales del zoo fueron asesinados de nuevo.

La última imagen que tengo es el viaje en coche por la carretera central de Saladino, entre cráteres, edificios en ruinas y columnas de humo. Cruzando toda la Franja, desde la ciudad de Gaza al norte hasta el paso de Rafah al sur. Por la ventana iba viendo cómo los campesinos seguían transportando las verduras en sus lentos carros, cómo los vendedores esperaban a sus clientes sentados en las puertas de las tiendas y cómo los trabajadores de la limpieza barrían las calles y recogían la basura. La guerra había empezado pero la gente se negaba a dejar de vivir. Quizá eso es la belleza.

MATAR LA VERDAD (PÁG. 116)

El comienzo de la guerra me cogió en el estudio de Alaa, un amigo documentalista. Estaba usando su portátil para tratar las fotos que había hecho con la cámara de Manu. Por la ventana vi cómo caían las primeras bombas, levantando nubes de humo negro. Las fotografié. Fue el último día que utilicé la moto. En aquel mismo estudio tuve en las manos una cámara de vídeo que poco después acompañaría hasta la muerte a su operador: Khaled Hamad. La primera víctima de la prensa, sin embargo, fue Hamid Shihab, chófer de un equipo de televisión que recibió un misil en la puerta de uno de los edificios de los medios. El mismo en donde trabajaban sin descanso los periodistas Mussa'ab e Isabel. Un palestino y una aragonesa que se dejan la piel para contar lo que pasa en Gaza.

En cincuenta días, Israel mató a diecisiete trabajadores de prensa. Según recoge un informe del Centro para la Libertad de Prensa de Gaza, doce oficinas de medios y once domicilios de periodistas fueron bombardeados. La portavoz del ejército israelí escribía en una carta en el New York Times que las víctimas eran “terroristas con cámaras y libretas” y, como tales, objetivos legítimos. Supongo que pensaron lo mismo la madrugada del 31 de mayo de 2010 cuando asaltaron el Mavi Marmara en aguas internacionales. Los militares israelíes mataron a Cevdet Kiliçlar con la cámara en las manos. Le dispararon entre ceja y ceja, literalmente, a pocos metros de distancia. En Estambul, su hija nos contó que su padre le enseñaba a ser periodista.

VELES E VENTS (PÁG. 122)

Hace miles de años, Homero escribe la Odisea de Ulises. Una epopeya que nos conducirá en barco por el Mediterráneo. Para volver a casa, a Penélope y Telémaco. Para reencontrar Ítaca.

Entre 1492 y 1502, los Reyes Católicos decretan la conversión o expulsión de musulmanes y judíos ibéricos. Un siglo más tarde se ordena la deportación de todos los que habían resistido. En 1609, los puertos de Vinaròs, Moncofa, València, Dénia y Alacant verán a miles de familias desesperadas zarpando en barcos. Para llegar a Túnez, Argelia y Turquía. Musulmanes y judíos, moriscos y sefarditas serán acogidos en tierras islámicas.

En 1939, miles de refugiados republicanos se amontonan en el puerto de Alacant ante la ofensiva de las tropas franquistas. El capitán del barco británico Stanbrook se apiadará de ellos y, burlando el bloqueo fascista, los conducirá a la salvación de una muerte segura. A Argelia de nuevo.

En 1947, miles de supervivientes judíos del Holocausto navegan hacia el Éxodo después de que los gobiernos europeos los traten comoapestados. De puerto en puerto llegan finalmente a Palestina. Cuando lo hacen tropas británicas asaltan el barco. Se produce una batalla campal y tres personas mueren.

En 2010 se reúne en Estambul una flotilla internacional con activistas de cincuenta naciones. Se dirigen a romper el bloqueo de Gaza. Tropas de élite israelíes asaltan los barcos.

En 2014 se construye el Arca de Gaza. Un barco que pretende superar el asedio desde dentro, llevando productos palestinos al mundo exterior. Un misil guiado le impacta en uno de los primeros días de la guerra. Queda carbonizado.

Como siempre, y contra todos los obstáculos, nuevos barcos y nuevas odiseas continuarán partiendo de los puertos del Mediterráneo.

QUIEN SALVA A UNA VIDA LAS SALVA A TODAS (PÁG. 132)

Está escrito en los textos sagrados de judíos y musulmanes. En la Torá y el Corán. Quien mata a una vida inocente es como si matara a la humanidad entera. Y quien salva a una vida es como si las salvara a todas.

Durante la operación militar contra Gaza de 2014, se hicieron una serie de encuestas en Israel que daban cifras terroríficas. Entre un 80 y un 90% de la población mostraba su apoyo a la operación militar en Gaza. A pesar del dato, hay que preguntarse: ¿quién es esta minoría que se opone a la guerra? Y también, ¿qué dicen los judíos del mundo? El Estado sionista dice representarles. ¿Es cierto?

Conocí a Hedy Epstein en El Cairo. Es una anciana venerable. Alemana y judía. Su familia murió en el Holocausto. Recuerda cómo vio por la ventana de su casa el primer desfile de las tropas nazis. Los uniformes. Las botas. Cuando visitó Israel vio de nuevo las botas y los uniformes y se juró que ella no sería de aquel mundo. Desde entonces consume lo que le queda de vida a ayudar a los perseguidos de hoy: los palestinos.

En Estocolmo encontré a Dror Feiler, también de origen alemán y judío. Su familia escapó del nazismo. Y llegó a Palestina. Me contó cómo escondían en su casa a palestinos que huían de las tropas del nuevo Estado de Israel. Hoy es uno de los organizadores de las Flotillas de la Libertad.

A Ronnie Kasrils, lo he conocido por los medios. Judío sur-africano, se unió a la guerrilla de Nelson Mandela. Como jefe de los espías de la revolución se enfrentó a la maquinaria del apartheid. Allí descubrió que su enemigo tenía un fiel aliado: el Mossad y el Estado israelí. Por eso, Desmond Tutu, Mandela y él mismo han sido pilares de la solidaridad con Palestina.

Muy joven, Omer Goldman es hijo de un ex-alto cargo del Mossad, precisamente. Ha sido criada en el corazón del Estado. Cuando visitó los territorios ocupados pudo comprobar todo lo que le habían escondido. Hoy es una de las voces de los Shministim, los estudiantes insumisos que prefieren la cárcel a unirse al ejército.

La caída del sueño sionista queda claramente explicada por el rabino Ron Aigen de Montreal: "Israel fue durante años el factor unificador del judaísmo, pero hoy es un elemento de división y enfrentamiento en las comunidades judías".

SAN JORGE, UN MÁRTIR PALESTINO (PÁG. 136)

San Jorge fue el hijo de un militar romano y de una palestina de Lydda. Siguiendo a su padre se alistó en el ejército. Eran los tiempos de la rebelión cristiana contra el Imperio. Jorge recibió la orden de perseguir a los rebeldes. Y se negó. Secretamente, él también era parte de los insurrectos que negaban el carácter divino de los emperadores y el Estado romano. Por esa razón fue condenado a muerte y ejecutado.

Cuando los cruzados cristianos llegaron a Palestina en 1098, se sorprendieron de que los musulmanes de Lydda habían conservado el culto a San Jorge, a quien llamaban Al-Khadr. En aquellos tiempos, tanto cristianos como musulmanes le rendían homenaje. Al volver de las cruzadas, el mito de San Jorge llegó a Europa y se extendió rápidamente su veneración en Nápoles, Aragón, Catalunya, Alcoi y Paiporta. También se proclamó patrón de Inglaterra, Portugal, Grecia, Rusia y Etiopía, entre otros países.

En 1948, Lydda tenía 20.000 habitantes. Aproximadamente 18.500 eran musulmanes y 1.500, cristianos. Aquel año, las bandas armadas sionistas recibieron una orden de Isaac Rabin: “Los habitantes de Lydda deben ser expulsados”. Cuatrocientas personas fueron asesinadas. Muchas mujeres fueron violadas. La población, deportada y dispersada. Fueron necesarios 1.800 camiones para transportar todo lo que se saqueó de las propiedades palestinas. El historiador israelí Benny Morris lo ha documentado. Y lo confirma el fundador del Estado, David Ben Gurion, en su Diario de Guerra.

En la primavera de 2014, en la iglesia ortodoxa de Gaza encontré el icono de San Jorge, el mártir palestino. Su combate sigue vivo.

GAZA Y GOLIAT (PÁG. 140)

Las tradiciones judía, cristiana e islámica recogen la historia del guerrero Goliat y de David, el pastor. Los ejércitos filisteo e israelita se encuentran en el Valle de Elah. Los hermanos de David forman parte del ejército judío. Él se pasa los días cuidando las ovejas y llevándoles comida. Goliat, como campeón de los soldados, desafia a sus enemigos a combatir con él para resolver la batalla sin una matanza. Todos le temen. Pero David se ofrece para luchar. El rey Saúl le dice: “Goliat ha sido un guerrero toda la vida y tú solo eres un joven”. David le contesta: “He cuidado el rebaño de mi padre”. “Cuando un león o un oso atacaron, los maté y rescaté las ovejas”. Saúl acepta y le entrega su espada y la armadura. Pero David las rechaza. Son demasiado grandes y pesadas. Recoge cinco piedras del río y se las guarda en el zurrón. Con la honda en la mano se acerca al gigante. Goliat se indigna ante el insulto que supone que un niño se ofrezca para el duelo. “Acércate y daré tu carne a las aves y a los animales salvajes”, le dice. Cuando el soldado se acerca lentamente con su armamento, David coloca un guijarro en la honda y, de un solo golpe, tumba al poderoso Goliat.

En el año 2014, uno de los ejércitos más poderosos del mundo ataca una de las zonas más pobres y aisladas del mundo. Satélites, drones, cazabombarderos, helicópteros, misiles, destructores, submarinos, artillería, blindados y tanques, dotados de la última tecnología, se lanzan implacables contra la pequeña Franja de Gaza. Decenas de miles de soldados de élite rodean el territorio por todas las fronteras. En túneles bajo tierra, centenares de miembros de la resistencia, armados con lanzacohetes y fusiles, organizan la defensa. Han crecido usando la honda. Y no temen a la muerte.

EL FÉNIX HERIDO (PÁG. 154)

La ciudad de Gaza es una de las más antiguas del mundo. Su origen se remonta, por lo menos, cuatro milenios atrás. Aquí han vivido cananeos, egipcios, filisteos, israelitas, persas, griegos, romanos, judíos, cristianos, bizantinos, árabes, musulmanes, cruzados, otomanos, británicos e israelíes. Ha sido conquistada y liberada una cantidad infinita de ocasiones. Ha sido destruida y reconstruida tantas veces que no se pueden contar. Quizá por eso su símbolo es el Fénix. Ovidio, el poeta romano, cuenta que cuando esta ave mitológica llega al final de su larguísimo ciclo vital, hace un nido con ramas de canela. Ella misma lo enciende para que pájaro y nido

ardan hasta convertirse en cenizas. De éstas nacerá el nuevo fénix. Los cristianos primitivos encuentran en este mito de origen griego y egipcio un símbolo de renovación y renacimiento. Los árabes la llaman Al-Anqa.

La Gaza palestina ha sido herida demasiadas veces. Quizás por eso sus habitantes han desarrollado lo que los psicólogos denominan resiliencia. Es decir, la capacidad para hacer frente a las adversidades y sobrevivir al trauma. Y lo más importante: ser fortalecidos y transformados positivamente por el dolor. ¿Cómo es posible no caer en el odio, la venganza y la desesperación ante tal horror? Viktor Frankl, psicólogo judío superviviente de Auschwitz, descubrió en los campos de concentración que solo aquellos que eran capaces de dotar de sentido el sufrimiento podían asumirlo y aprender de él. Husam El-Nounou, del Programa de Salud Mental Comunitaria de Gaza, me contaba en su oficina frente al mar que la sociedad palestina está dotada de dos pilares básicos para la resiliencia. El primero es la estructura familiar y comunitaria tradicional. En ésta, la familia extendida y el vecindario forman una red de solidaridad donde nadie, pequeño o grande, está solo. El segundo pilar es que todavía disponen de un sistema de creencias y valores tradicionales que dota de sentido y prepara para lo que pueda pasar en la vida. En los buenos momentos se muestra shukr, agradecimiento. Ante las dificultades, hay que usar sabr, paciencia y perseverancia.

ADÁN Y EVA (PÁG. 160)

En nuestra tradición nos han contado que el origen de la humanidad nace de una pareja: Adán y Eva. Y que vivían en el Paraíso, en paz y equilibrio. Un día, las fuerzas del mal les tentaron con la arrogancia de desobedecer a Dios. Comieron el fruto del Árbol del Conocimiento y aprendieron que podía existir el Bien y el Mal y que cada elemento de la Creación se podía ver como parte de una Unidad o como elementos separados. Entonces tuvieron vergüenza y miedo por primera vez. Así, obteniendo la libertad para hacer el bien y el mal abrieron las puertas a la Caída. Ese fue el Pecado Original. Dios les castigó, a ellos y a nosotros, su descendencia, a sufrir con sangre y sudor. En la tradición islámica hay un matiz sobre esa historia. Dios cuenta en el Corán que Adán no le traicionó, sino que olvidó su pacto. Y también dice que Adán, consciente de su error, rectificó para ser guiado de nuevo. Por eso Adán es el primer profeta. Dios no condenó al sufrimiento a Adán, a Eva y a la humanidad, a pesar de sus debilidades, sino que los nombró califas de la Creación. Es decir, responsables de mantener el Orden natural en el mundo. Se marcó así el camino, no hacia una santidad fría e inhumana, sino de regreso al Origen: hacia el estado de Fitra o naturaleza primordial. El Bien, pues, es volver a la humildad y al equilibrio y a proteger la belleza; el Mal, la arrogancia, ocultar la belleza y generar el caos. El Bien es el regreso a la Unidad; el Mal, avanzar hacia la Separación. Gaudí lo entendió y lo expresó de manera muy simple cuando dijo que “el libro que se debe mantener siempre abierto es el de la naturaleza”.

Una mañana de abril vi en los campos de Khouza'a a una joven pareja con su hijita. Estaban segando el trigo juntos, con los abuelos y los hermanos. Arrodillados, trabajaban con las hoces y con las manos desnudas. Sobre sus cabezas rugían los aviones de guerra. Unos cientos de metros más allá, escondidos tras un cerro, francotiradores les apuntaban. La familia sonreía, y se sentía paz, alegría y fortaleza solo de verlos. ¿Qué secreto había en sus corazones que nosotros desconocemos?

MORAL Y LUCES (PÁG. 168)

En Venezuela leí que Simón Bolívar, líder de la independencia latinoamericana, afirmó que “un pueblo ignorante es instrumento ciego de su propia destrucción”. Y añadió que no solo hacía falta educación en el sentido académico, hacían falta “moral y luces”.

El mundo árabe, y Palestina, se encuentran quizás en el peor momento de su historia. Fragmentados, colonizados, empobrecidos, corrompidos y manipulados. Son presos de todo tipo de dictaduras, satrapías y falsos profetas. Pero entre tanta oscuridad, hay una luz que brilla humilde. Tanto, que demasiadas veces no la vemos. Ni nos la muestran. Lo que muy pocos saben

es que la sociedad palestina ha conseguido ser una de las más cultas y educadas del mundo árabe. A pesar de las décadas de guerra y ocupación. Según datos del Banco Mundial, la alfabetización de los jóvenes palestinos es del 98%. La mayoría de ellos declaran que la educación es su prioridad. En Palestina hay diez universidades. Estos datos, propios de un país desarrollado, son verdaderamente impresionantes teniendo en cuenta las enormes dificultades a las que se enfrentan profesores y estudiantes. Encerrados, bloqueados, ocupados y bajo las bombas.

Pero las luces del conocimiento no son nada sin la moral. Y es ahí donde Palestina brilla más fuerte en un mundo dominado por las tinieblas. Porque la educación de la mente, y de la razón, es clave para el ser humano. Pero es la educación del corazón, de la fe y la moral, la que le da sentido y dirección.

LAS NIÑAS DEL AL-ANDALUS (PÁG. 182)

Un día como tantos otros, Valeria, la venezolana, y yo vamos al supermercado Al-Andalus a comprar la comida para los activistas y periodistas que se alojan en nuestro apartamento. Zaatar, aceite, dátiles, aceitunas, yogur, frutas, verduras, huevos, galletas... Y mucho, mucho café. Llamamos un taxi. Solo somos dos y llevamos unas veinte bolsas. Cuando el coche llega, acarreamos la carga como podemos. Por la calle pasa un grupo de niñas de unos diez o doce años con mochilas y uniformes escolares. Sin decirnos ni hola cogen las bolsas y las transportan al coche. Y sin ni despedirse, continúan la marcha hacia sus hogares, donde les espera la comida.

Ya en casa, pienso que mis hijos tienen que ser así.

Velas y vientos han de cumplir mis deseos,
haciendo caminos dudosos por la mar.
Mistral y poniente contra ellos veo armarse;
siroco y levante, los tienen que amainar,
con sus amigos el gregal y el sur,
haciendo humildes ruegos al viento
septentrional
para que en su soplar les sea parcial
y que los cinco cumplan mi regreso.

AUSIÀS MARCH (PÁG. 14)



Lentas naves se pierden en mares de inciertos
peligros.

SALVADOR ESPRIU (PÁG. 20)



Siempre volveré
a nuestra playa.
Las olas no me dejan,
madre mía,
alejarme demasiado.

MARIA DEL MAR BONET (PÁG. 22)



En la creación de los cielos y de la tierra hay
signos para aquellos que razonan.

CORÁN. 3:190 (PÁG. 28)



En la hora del sol en la prisión,
una nube refleja un enjambre de criaturas.
El aplauso de la gente
para aquellos que enfrentan la muerte
con una sonrisa.
Y el miedo de los tiranos
a las canciones.
Tenemos en esta tierra
lo que hace que la vida valga la pena.

MAHMUD DARWISH (PÁG. 40)



Fuego en las manos hoy
que nubes altas anuncian
un otoño lluvioso
y el vivir se nos hace extraño
en medio de esta falsa
placidez.
La vida quema sometida
a una rueda que gira.
El eje clavado adentro
cuchillo que ahonda
la herida. La sangre
brota caliente.
El movimiento de su fluir
un péndulo que vuelve siempre
al mismo lugar de origen.
Así andamos por la esfera
del inconsciente vivísimo
(y los años se nos hacen
ligeros). Me pesa tanto
la muerte, no la mía.

MONTSERRAT ABELLÓ (PÁG. 46)



Nunca he llevado un fusil
colgado del hombro.
Ni he apretado el gatillo.
Todo lo que tengo
es la melodía de una flauta,
un pincel para pintar mis sueños,
un frasco de tinta.
Todo lo que tengo
es una fe inamovible
y un amor infinito
por mi gente que sufre.

TAWFIQ ZAYYAD (PÁG. 48)



Padre, señor del cielo y de la tierra.
Yo te alabo porque no habiendo revelado
estas cosas
a los inteligentes y a los eruditos, las has
revelado a los sencillos.

Evangelio de Jesús según **SAN MATEO**

(PÁG. 54)



Estoy con aquellos que tienen los
corazones rotos.

Dios a Muhammad. Hadís Qudsi.

Recogido por **AL-GAZHALI** (PÁG. 58)



¡Ay el hogar de los años primeros! ¡Qué
lejos nos hemos quedado!
¡Ay, país que ahora recuerdo empapado
de lágrimas rojas!
¿Ser la patria de un niño obliga a amarla
siempre?
Ella es la patria que amo,
ante la cual soy humilde.
Nunca la abandoné, nunca la abandoné,
me obligaron a partir.

AL-RUSSAFÍ (PÁG. 62)



Y yo te preguntaba, impaciente.
Dime, ¿cuándo iremos a Jerusalén?
Dime, ¿cuándo iremos?
Cuando las alambradas de facto se
rompan
y la línea sea naturalmente verde.
Entonces iremos.
Cuando el hafif sea continuo, de Gaza a
Hebrón.
Entonces iremos.
Cuando mi nombre ya no esté escrito en
tinta roja.
Entonces iremos.
Entonces, ¿nunca iremos?
Si sigues pensando así...
No, nunca iremos.

ISABEL PÉREZ (PÁG. 120)

[*Hafif*: sonido producido por el aire
cuando corre entre las espigas de trigo
en el campo.]



La paciencia consiste en esperar, no pasivamente, sino trabajando con persistencia, aunque la solución no se vea cerca. Esperar a que las cosas lluevan sin que nosotros hagamos todo lo que está a nuestro alcance “son boberías”, como dice santa Teresa.

ANTONI GAUDÍ (PÁG. 76)



La fuente de todas las miserias para el hombre no es la muerte, sino el miedo a la muerte.

EPICTETO (PÁG. 80)



Sembrando muerte dais más alta vida. Aquí nosotros con manos desnudas. A ti la muerte todo te lo veda, cada muerto me da nuevos hermanos.

MAX AUB (PÁG. 102)



Quizá te matan o quizá se rían, quizá te delaten; todo eso son banalidades. Aquello que vale es la conciencia de no ser nada si no se es pueblo. Y tú, gravemente, has escogido. Después de tu silencio estricto, andas decididamente. Porque el ejemplo es aquello que vale y debes ser ejemplar en todo, ejemplar en todos los momentos, debes ir olvidándote de ti, debes ser cada uno de los tuyos y hacer tuya su pena y hacer tuya su furia, y así serás íntegramente, a los ojos de Dios y a los ojos de los hombres, y serás pueblo para siempre.

VICENT ANDRÉS ESTELLÉS (PÁG. 138)



Querría haberte contado la historia de un ruiñeñor que murió. Querría haberte contado la historia...

Si no me hubieran cortado los labios.

SAMIH AL-QASIM (PÁG. 118)



Tierra
vieja
del candil
y la pena.
Tierra
de la muerte sin ojos
y las flechas.

FEDERICO GARCÍA LORCA (PÁG. 134)



Los vivos quieren morir en su país
no hay puertas abiertas
ni mares abiertos
ni manos abiertas
llenas de corazón.
Cada día fe sobre el miedo.
Cada día un espejo de fuego.
Un gran milagro aquí
los vivos están muriendo y los muertos
viviendo
un festival de luces
una franja de tierra encendida
el mar un espejo de fuego
plomo fundido sobre los niños.
Sus cabezas ruedan
de sus hombros por las calles.

SUHEIR HAMMAD (PÁG. 114)



Soy yo quien llama a tu puerta,
a todas las puertas, a todas las puertas.
Pero vosotros no me podéis ver.
A un niño muerto no se le ve.
Me volví un puñado de ceniza
que el viento dispersó.

NAZIM HIKMET (PÁG. 146)



La Belleza es el resplandor de la Verdad.

PLATÓN (PÁG. 150)



He heredado la esperanza de los abuelos
y la paciencia de los padres.
Y de los dos, las palabras
de las que ahora me sirvo
para hablarlos.

MIQUEL MARTÍ I POL (PÁG. 170)



¡Todo un mar de tristezas nos grita en
las entrañas!
¡Todos los corazones desesperados
arden con llamas eternas!

IBN AMIRA (PÁG. 174)



Los viejos morirán y los jóvenes olvidarán.

DAVID BEN GURION (PÁG. 176)



Tu imagen en mis ojos
y en mi boca tu nombre.
Habitas en mi corazón.
Pero, ¿dónde te escondes?

IBN ARABÍ (PÁG. 194)



En la salud recobrada.
En el peligro esfumado.
En la espera sin memoria.
Escribo tu nombre.
Y por el poder de una palabra.
Vuelve a empezar mi vida.
Solo he nacido para conocerte.
Para nombrarte.
Libertad.

PAUL ELUARD (PÁG. 142)



Pacientemente, persevera.

CORÁN. 40:55 (PÁG. 152)



Más allá de las olas de un mar que nos
avicina
te cantamos el porvenir, tu nombre el
coraje,
tu nombre Palestina.
De tus campos de piel morena te
arrebatan los árboles
como si así te desarraigaran el mañana.
A tus hijos los entierran cuando aún
sonríen
esperando que así tu vientre se vuelva
un páramo.
Nacerán olivos de destino milenario
para que los pájaros canten tu nombre
que es coraje,
tu nombre Palestina.

LLUÍS LLACH (PÁG. 124)



No vendré hacia ti.
Pero tú, volverás.
¡Vuelve, amigo mío!
Todos te estamos esperando.

GHASSAN KANAFANI (PÁG. 198)



Y si la encuentras pobre, no es que Ítaca
te haya engañado.
Sabio, como bien te has hecho,
sabrás lo que significan las Ítacas.

CAVAFIS (PÁG. 200)



Solo el mar permanece.
Una ola desafiando tras otra.

SAMAH SABAWI (PÁG. 204)



GAZA NO ES
LA CIUDAD MÁS BELLA (PÁG. 213)

No es la más elegante o la más grande, pero iguala la historia de toda una patria, porque es más fea, pobre, miserable y cruel a los ojos de los enemigos. Porque es la más capaz, entre nosotros, de alterar el estado de ánimo del enemigo y su comodidad. Porque es su pesadilla. Porque es naranjas minadas, niños sin infancia, ancianos sin vejez y mujeres sin deseos. Por todo eso es la más bonita, la más pura y la más rica entre nosotros y la más merecedora de amor.

No hacemos justicia a Gaza cuando buscamos sus poemas, así que no desfiguramos la belleza de Gaza. Lo más precioso en ella es que está desprovista de poesía en unos tiempos en que tratábamos de triunfar sobre el enemigo con poemas. Y nos confiamos y nos llenamos de alegría al ver al enemigo dejarnos cantar. Le dejamos triunfar; entonces, cuando nos secamos los labios de poemas vimos que el enemigo acababa de edificar ciudades, fortalezas y calles. No hacemos justicia a Gaza cuando la convertimos en un mito, porque la odiaremos cuando descubramos que no es más que una ciudad pequeña y pobre que resiste.

MAHMUD DARWISH



(PÁG. 214)

Quiero agradecer a todos los que sin su existencia no sería posible ni este libro ni seguramente nada de lo que hago.

A mis padres, que sembraron la semilla que sigue creciendo.

A Basel Al-Atauni, artista de Jabaliya con quien recorrí los caminos y los sueños de la Franja de Gaza. A los diez mártires del Mavi Marmara que nos enseñaron el valor de la vida y la defensa de la justicia y la belleza. A Mavi Dolz, pues en su casa y con su recuerdo se ha escrito este libro. A los 2.100 mártires de la última operación en Gaza. Y especialmente a las almas de los 500 niños y niñas muertos. A Els Ports, a La Calderona, a L'Horta, al Faig Pare. A la tierra, libro que hay que leer siempre. Que nos conecta con el cielo. Con nosotros.

EN CASA:

A Xavi Sarrià y Miquel Ramos, con quien he andado tantos años y en tantos proyectos y que han sido apoyo e impulso de mi primer documental en 2005 y de mi primer libro en 2014. A Antonio Ramos y Maria Dolz, porque gracias a su generosidad se ha parido este libro. A Joan Carles Girbés, de SEMBRA LLIBRES, por el coraje y la visión a la hora de impulsar un proyecto editorial independiente en estos tiempos difíciles. A Germán Caballero, que hizo que las fotografías d'e este libro renacieran con más fuerza. A Vicent Chanzà, que desde hace veinte años nos hemos acompañado en aventuras que nos han llevado desde Valencia hasta Caracas. A Xavi Ginés, compañero de larga duración y perseverante padre y creador. A Tamer y Jalal Hamdan, palestinos y valencianos, en Valencia y en Gaza. A Joan Cantarero, quien hizo posible lo imposible. A Dani, Marian, Lorena, Rubén. A los Arrap. A Gala. A Maria Freixas. A Quique Navarro, Vicent Martí y los campesinos que siembran y aman nuestra tierra. A Marc y Alba. A Laia. A Vinaròs. A Fredes. A los periodistas que se enfrentan al miedo y la comodidad. A Laura Arau, Lucas Marco, Jordi Salvia, Sergi Pitarch, Bel Zaballa, Paco Cerdà, Jorge Ramos, Antonio Vidal,

AGRADECIMIENTOS

Roger Palà, Sergi Picazo, Ignacio Zafra, Vicent Partal, Josep Pitarch, Samuel Domingo y Albert Montón, por querer contar las historias de nuestra gente. A Guillem Agulló y su familia. A los *maulets* de ayer, y a los de hoy. A nuestro pueblo, tan humillado y maltratado que, a pesar de lo que nos quieren hacer creer, es un pueblo de raíces ancestrales, de gente valiente y de secretas maravillas.

EN VENEZUELA:

A Vivianna, que me acompañó a Palestina, durante los oscuros días en la cárcel y los más luminosos en Caracas. A Jurgi, vasco, valenciano y venezolano. A Vanessa, Óscar, Alejandro, Thairon, Tristan, Johanna y Yann, con quien aprendimos a contar historias. A Tessa. A la familia Galiano. A la gente de los barrios Guarataro, San Juan y El 23 de Enero. Al Guaraira Repano, refugio y paraíso. A los indígenas de Perijá y Amazonas, reductos del ser humano completo. A los trabajadores de las televisiones, a los documentalistas y periodistas con los que he aprendido y luchado. A Gustavo Borges, Karen Méndez, Lilian Blaser, Ángel Palacios, Saude y los hermanos Yegres. A Andrés Izarra, Yuri Pimentel, William Castillo, Ernesto Villegas, Mauricio Rodríguez y Ociel López, que abrieron las puertas a la gente para poder decir lo que durante cinco siglos había callado el poder. A Meysalun y Anibal, por ayudarme a conocer más del árabe y el Islam. A Hugo Chávez, por dar la vida para que los sueños pudieran nacer.

EN PALESTINA:

A Manu Pineda, que nos hizo romper el bloqueo en Gaza y quien, milagrosamente, me acercó una cámara para que este libro naciera. A Valeria Cortés, la venezolana, que con el andaluz, no tuvo miedo y vivió bajo las bombas y con la gente. A Mussa'ab Bashir e Isabel Pérez, grandes periodistas y grandes personas, esperando asistir a su cuarta boda y a sus frutos. A Alaa al-Aloul, documentalista imprescindible y apoyo incondicional. A Ibrahim, por abrirme la iglesia y la historia antigua de Gaza. A Wissam Abed, calígrafo, por la confianza y el arte sagrado de los cálamos. A Abu Amir, Kifa, Fadi, Rewa, Anas, Isra, Khaled, Mohammed, Salim, Cristian, Ximo, Ferran, José, Ivan, Ariadna, Delia y Miguel Ángel. A Abu Hassan. A los gatos que murieron. Y a los que viven. A todas las madres y padres que aman infinitamente a sus hijos e hijas. A los que salvaron vidas. Y a los que las defendieron. A Hayat del campo Aida. A las cebras.

EN EL MUNDO:

A Alejandro Pedregal. A Andrés Guijarro, Abdennur, por acercarme al carácter sagrado de los signos. A Daud, Abdessamad, Maimuna y Ahmed de la Alquería de la Puebla de Don Fadrique. A Abdelmumin Aya y Abdennur Prado, por mostrarnos la espiritualidad desde los orígenes. A Félix Rodrigo Mora y Prado Esteban, por redescubrirnos la tradición, la ruralidad y la necesidad de la reconstrucción de las personas.

Finalmente, pido disculpas a campesinos, pescadores, poetas, periodistas, antropólogos, teólogos, filósofos, escritores, historiadores, traductores y fotógrafos por andar torpemente por sus caminos. Y más profundamente, pido disculpas a todos los familiares, amigos, compañeros y personas queridas por todos los errores cometidos en el camino.

GRACIAS.





